

Brumelys Montenegro Ochoa

# Lo que escuché

Ilustraciones de Carla Ricciardelli



Prólogo de

Cristóbal Jiménez





# *Lo que escuché*

1.ª ed., Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

© *Brumelys Montenegro Ochoa*

© *Fundación Editorial El perro y la rana*

Fundación Editorial El perro y la rana  
Centro Simón Bolívar, Torre Norte,  
Piso 21, El Silencio  
Caracas -Venezuela 1010

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

#### **Páginas web**

[www.elperroylarana.gob.ve](http://www.elperroylarana.gob.ve)

[www.mincultura.gob.ve](http://www.mincultura.gob.ve)

#### **Redes sociales**

Facebook: El perro y la rana

Twitter: @elperroylarana

#### **Edición y corrección**

Nagdy Guevara Valecillos

#### **Diagramación y diseño de portada**

Carla Ricciardelli

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-5074-0

Depósito legal: DC2022001110

**Brumelys Montenegro Ochoa**

*Lo que escuché*

Ilustraciones de Carla Ricciardelli

Prólogo escrito por:  
Cristóbal Jimenez



## PRÓLOGO

El presente libro, *Lo que escuché*, es como un espejo encantado que conserva las imágenes de la niñez de Brumelys Montenegro Ochoa, capitana del Ejército Nacional Bolivariano de Venezuela, y nacida en Valle de la Pascua, en el estado Guárico, tierra de coplas, leyendas y cantares.

Nos presenta a una mujer en un viaje íntimo, al territorio mágico de su infancia. Trayendo consigo, ya de adulta, los cuentos y relatos de su amado abuelo Jacobo Ochoa, patriarca de 14 nietos.

Brumelys se asoma al pasado a través del ejercicio literario y rescata los fenómenos naturales de la sabana, la lluvia y las centellas. Los hechos simples, pero



profundos de la cotidianidad, con la natural nostalgia de mirar atrás y recrear la niñez.

La escritora nos comparte relatos fantásticos como la historia de siete mulas cargadas de oro, que mueren en el transitar, y que son enterradas a la orilla del camino. Desempolva nombres de especies vegetales y de famosos fundos de la región. Rescata sucesos históricos, como la Batalla de Valle de la Pascua, donde combatió el prócer Manuel Piar, o recrea las consejas del tesoro de Pablo Morillo, en la calle El Martillo, de Valle de la Pascua.

Nos transmite saberes, conocimientos ancestrales, oraciones y conjuros de la voz de su “taita” Jacobo Ochoa, recursos espirituales del llanero para “dominar el mundo”. La cosmovisión de una región hermosa y silvestre, poblada de fantasmas y ánimas, que silban al borde de los caminos. Brujas, duendes y encantos. El imaginario llanero, mezclado con lo cotidiano, que cobra aún mayor fuerza durante las noches de luna llena.

Las reminiscencias de los aguaitacaminos, del fundo “Las Bonitas”. Sus travesuras y aventuras infantiles; ya sea extraviada en una represa cercana, o arrojada con violencia de los lomos de una pollina llamada “Atila”. El recuerdo latente del hombre más alto de Santa María de Ipire, su bisabuelo, don Pío Ochoa. Pasajes que nos muestran el rico mundo de la oralidad y la espiritualidad, presentes en los pueblos y caseríos guariqueños de una época no muy lejana, pero desvanecida.

Brumelys, en su doble condición de mujer y militar, abre un mundo de posibilidades en el inicio de una carrera interesante, en el complejo arte de las letras.

Atenta a sus raíces y esencia, la escritora, recibe un encargo trascendente:

El espíritu de su abuelo, se le aparece como un alcaraván, en medio del camino.

—¡No me olviden!— le rogó.

La literatura es, con certeza, un poderoso conjuro contra el olvido.

Su propuesta nos invita a conservar la emoción primigenia de nuestros campos. Sus relatos inspiran y reconfortan. Transmiten la alegría de llevar el llano en el alma. De recordarlo por siempre, con ojos y corazón de niño.

CRISTÓBAL JIMÉNEZ

Cantador llanero del Gran Cajón Araucano.



## Don Jacobo Ochoa

El amanecer en el llano comienza con el canto de los gallos, el bramar de las vacas, un vínculo tan especial y único con la naturaleza y más aún para los nietos de don Jacobo, cuya mayor alegría del día era escuchar la voz de nuestro abuelo a través de la ventana; era un hombre alto robusto, con los ojos azules como el cielo y muy amante del llano. Todas las mañanas llegaba al fundo Las Bonitas, donde transcurrió la infancia más feliz de sus nietos, lejos de la civilización y la contaminación social; allí la única preocupación era atender a los animales, llevarlos a pastear y tomar agua en la laguna. Cada hermano tenía su montura con nombres como el Horco, Atila, Lambada y el más consentido, el Chivo, un caballo carteadado muy arisco, difícil de montar.

Don Jacobo nos inculcaba cómo cuidar a los animales y, sobre todo, cómo enfrentar cualquier inconveniente en el monte. Durante las noches contaba historias protagonizadas por nuestro gran héroe de la infancia, nuestro tío José Lorenzo Ron. A este lo imaginábamos como un hombre muy valiente, ya que mi

abuelo Jacobo decía que era un buen cazador, mataba venados durante la luna clara y los preparaba sobre alguna tumba del cementerio de Santa María de Ipire. Retornaba a casa con el venado en el anca del caballo, solo se podía ver entre los árboles y el camino la sombra de su figura y su pelo e' guama negro acercándose a un paso de camino donde siempre un muerto en forma de mono blanco se le montaba atrás y con su voz fuerte le decía: “¡Lárgate, mono!”, y se mantenía incólume ante la escalofriante presencia, su único temor era que su montura se desbarajustara, pero mi tío siempre cargaba su caballo zaino cruzado con una cinta roja en la pata delantera derecha y otra cinta roja en la pata izquierda trasera, así el caballo estaba santiguado, es decir, protegido, por lo cual seguía su camino a la luz de la luna hasta llegar al rancho de mi tía Anita.



Cuenta mi abuelo que por el carácter indómito de mi tío José Lorenzo, a este se le apareció el santo José Gregorio Hernández en la troja del rancho, algo que apaciguó su espíritu rebelde.

El abuelo Jacobo nos regaló un héroe real para nuestros cuentos de niños e increíbles historias que ocurrían mayormente en Semana Santa, la cual era sagrada para él, solía decir que el innombrable estaba suelto, no se podía cazar, comer carnes rojas, trabajar, bañarse en los ríos; contaba que unos muchachos se bañaron en un río y no aparecieron nunca, se dice que se convirtieron en toninas con cabeza con rasgos humanos, que fueron vistos por pescadores del pueblo, algo que arraigaba aún más en los llaneros respetar los días santos, al igual que el mes de los muertos, noviembre, donde las ánimas, según, andan sueltas y había que rezarles, prenderles velas, colocarles flores y limpiarles sus tumbas; este mes se suscitaban cosas inexplicables.

Jacobo Ochoa tuvo una infancia muy dura, algunos hermanos recién nacidos murieron por no pasar el mozosuelo o tétano, que les duraba ocho días después de nacidos y era el causante de muchas muertes de bebés en esos tiempos; otros hermanos murieron misteriosamente en el río, donde solo se consiguió la ropa de una hermana en la orilla, pero sobre sus dos hermanos varones, atribuyen sus muertes a un encantamiento, algo que abunda en esas sabanas; los encantos son personas que se ahogaron y sus almas se encuentran en esas aguas, toman una forma muy hermosa y, al verlas, las personas quedan encantadas, caminan hacia el encanto

hasta que, sin darse cuenta, caen en las profundidades del agua y mueren ahogados.

Para conseguir los cuerpos de los tres hermanos de mi abuelo, colocaron una lámpara de kerosene flotando en el agua con una oración. La lámpara se fue situando justamente donde estaba cada cuerpo, así pudieron sacarlos y darles cristiana sepultura.

Pero con esto no se detenían las muertes misteriosas para la familia Ochoa Siso. Un hermano cayó enfermo en cama de forma repentina; cuando oscureció y solo se veían las penumbras de una lámpara de kerosene en el rancho de bahareque, se escuchó un quejido, el hermano menor salió rápidamente a ver a su hermano moribundo, le acercó su cara y le dio el último aliento, y a tan solo pocos días de su muerte, murió su hermanito, dicen que por haber respirado el aliento de la muerte de su hermano mayor.

En tiempos de mi abuelo las muertes eran muy misteriosas, tanto así que para saber quién había matado a otra persona, se le colocaba al difunto un espejo por debajo, y de forma inexplicable aparecía el asesino en el velorio cuando a la luz de las velas se revelaba el rostro del culpable. Pero los familiares no lo ajusticiaban al momento, esperaban que pasara el novenario para vengar la muerte. En esas lejanías, la ley la aplicaba la misma gente y se respetaba, ya sea a puño o a machete.

Los velorios eran en el rancho del difunto, con flores naturales, velas o lámparas de kerosene y el muerto se colocaba en una mesa de madera, con ropa blanca, sin botones para que Dios lo recibiera en el cielo. Duraban

dos noches, ya que sucedían con frecuencia casos en que la persona que se creía muerta solo estaba en estado catatónico. En una oportunidad, mi abuelo presenció en un velorio en una casita de barro donde solo alumbraban unas pocas velas, cómo se levantó un supuesto muerto pidiendo agua. El ranchito quedó totalmente solo después de que las personas en la oscuridad se tropezaran gritando: “¡El muerto, el muerto!”

Algo muy tenebroso que pasaba en los velorios era que aparecían las brujas del pueblo muy amables y presentables, con mucho interés en acercarse al difunto, lo que colocaba en alerta a los familiares. Estas mujeres practicantes del mal escribían oraciones con el nombre de sus enemigos en papel pergamino y al menor descuido lo colocaban en la boca del difunto. Esto, según se creía, condenaba a las personas cuyos nombres estaban



escritos en el papel, y para deshacer esa brujería tenían que desenterrar el muerto y sacárselo de la boca.

En una ocasión, una señora dio a luz unos gemelos, pero lamentablemente uno de los niños murió y el otro se enfermó repentinamente con fiebre muy alta. La abuelita doña María, que era una persona muy creyente y de arraigadas costumbres, con mucho amor hizo un muñeco que simulaba a su nieto vivo, y frente al ataúd de su nieto fallecido dijo: “Este es tu hermanito que te acompañará por siempre, para que no te sientas solito”.



Esta abuelita, preocupada y a sabiendas de lo que se tenía que hacer en esos casos, no dudó en hacerlo, ya que la fiebre repentina de su otro nieto era por una sola causa, que su nietico muerto no se quería ir solo, se quería llevar a su gemelito. Al colocarle el muñeco, de manera asombrosa su nieto mejoró totalmente. El cantante y escritor Cristóbal Giménez escribe en su libro *Guayabo* una situación parecida a esta.

Muchas situaciones misteriosas pasan en las llanuras de Guárico. Mi bisabuela le contaba a mi mamá, Hírca Ochoa, que había peleado con una bruja.

El esposo de mi tatarabuela repentinamente se levantaba con morados en el cuerpo, algo típico que hacían las brujas a los hombres de quienes estaban enamoradas, pero ya mi tatarabuela sabía lo que tenía que hacer. Impulsada por su carácter no dudó en hablar con mi tatarabuelo, esperó que cayera la noche y colocó una prenda íntima de él, con una tijera en cruz arriba, esto haría caer a la bruja. Le pidió a su esposo que, al caer el personaje, se ubicara cerca a leer los salmos.

Ya cayendo la media noche, con una luna tenue, se escuchó un fuerte golpe en el solar, con el ruido sigiloso

de las bisagras de la puerta de madera salieron y vieron con asombro, cerca de la mata de mango, a un animal negro, tenebroso, en forma de pavo, con los ojos brillantes. Inmediatamente, mi tatarabuelo comenzó a leer los salmos a cierta distancia de mi tatarabuela, la cual tenía en su mano un rejo de cuero duro de tres cordones con el que reprendió al animal dándole una paliza. Al terminar le dijo: “¡Vienes mañana a buscar sal!”. Esta petición es una de las razones por las cuales es malo pedir o vender sal en la noche en esos pueblitos.

La bruja tocó la puerta del rancho de mis tatarabuelos muy temprano con una totumita. Cuando abrió la puerta, mi tatarabuela se asombró, ya que la bruja era su comadre y se encontraba muy golpeada, le dio la sal y le dijo: “¡Comadre, déjese de eso y respete el sacramento que nos une!”.

Al igual que esta historia, mis oídos escucharon otras. Mientras mi bisabuela Cándida le contaba a mi mamá que en el pueblo algunos bebés habían muerto, una joven se le acercó y le dijo que el suyo no dejaba de llorar en la noche, a lo que ella respondió que colocara cerca de su cama una vela y una tijera; cuando el bebé llorara, debía prender la vela y cortar lo que viera. Al llegar la noche, en esa casita de barro estaba la mujer acostada con su hijo, cuando comenzó a llorar prendió la vela y observó que un hilo delgadito salía del ombligo del bebé y se extendía hasta el techo; ella, siguiendo los consejos de doña Cándida, lo cortó y él bebe dejó de llorar.

Al día siguiente, la joven entró en desesperación porque no conseguía a su madre y fue donde mi bisabuela para ver cuál era la situación. Mi bisabuela le dijo que buscara en la troja de la casa, que era un lugar alto donde se guardaba la comida. Cuando revisó, encontró a su madre muerta, desnuda, con una expresión tenebrosa y más vieja.



Según mi bisabuela, las brujas chupaban a los bebés por el ombligo durante días hasta causarles la muerte, con el fin de mantenerse más jóvenes y vigorosas.

Cosas extrañas también sucedían en la casa de mi abuelo Jacobo que quedaba en Valle de la Pascua, por La Atarraya, quedarse a dormir era un reto de valor. Aún recuerdo esa casa, sombría, el piso desquebrajado, con las paredes de bahareque torcidas por lo viejas, pero lo más temido era lo que ocurría al llegar la noche,

cuando se aparecían duendecitos que no dejaban dormir a las personas.

Mi abuela decía que estos duendes eran abortos que habían tenido las mujeres de un bar cercano y los enterraban al final del patio, sin bautizarlos ni ponerles nombres. Estas pequeñas almas, al no ser bautizadas, se quedaban con cuerpos de niños y caras de viejos y solo querían divertirse asustando y correteando, les gustaban los juguetes y las casas donde había niños, y existía el riesgo de que los sacaran de las casas y se los llevaran.

Hay testimonios de que lo han hecho. Es por ello que dicen en el campo: si te tocan la puerta en la noche, observa por debajo de ella, si ves unos pies con zapaticos volteados es un duende que quiere entrar y seguramente jugar con tu hijo.

En la casa de mi abuelo Jacobo no los llegué a ver, pero mis primos y tíos sí. Una noche tuve que dormir ahí, mi abuelo Jacobo me colgó un chinchorro cerca de la puerta principal y me dio una colcha.

Una vez en el chinchorro me volteé y apenas escuché a mi abuelo rezando, pidiendo por cada uno de la familia, me quedé dormida. A lo lejos comencé a escuchar caballos, cadenas y personas, fue algo fugaz, y me quedé dormida nuevamente.

Al amanecer, con una totumita llena de café con leche y un pedazo de pan entre mis manos, le conté a mi abuelo lo que había pasado, y no fue hasta bachillerato que me enteré de que en ese sitio se libró La Batalla de Valle de la Pascua, y con mi mamá llegué a

la conclusión de que seguramente eso que escuché eran vestigios de esa guerra.

Esa batalla se originó en el caño de La Vigía por el agua. Los realistas tomaron ese caño y, gracias a la astucia del general Manuel Piar, los patriotas la ganaron.

Muchas historias envuelven mi niñez y sobre todo las contadas por mi abuelo Jacobo. Una de tantas fue La Mujer de Suata.

En verano había que andar con cuidado en el monte, porque por falta de agua, les daba mal de rabia a los animales. A ríos y lagunas bajaban animales peligrosos, algunos se quedaban a cazar. Se cuenta que una mujer muy hermosa, blanca, con el cabello negro muy largo, peleó con su mamá. Al final de la discusión le dijo: “Me voy al río Suata”, su madre le dijo: ¡No, hija, no lo hagas! No hizo caso y se fue al Suata, se sentó en una piedra cerca de la orilla y a los pocos minutos se le fueron acercando unos zorros con espuma en la boca y la mordieron en varias partes del cuerpo. Como pudo llegó al racho y la madre entristecida la acostó. A los días comenzó a morderse y a botar espuma por la boca. Tuvieron que amarrarla, pero finalmente murió. En ocasiones, la rabia nos ciega y olvidamos que el ser que más nos ama sobre la tierra es nuestra madre y nos corrige por nuestro bien.

En otra ocasión, al igual que La Mujer de Suata, hice caso omiso a un consejo de mi amado abuelo Jacobo. Estando en el fundo Las Bonitas, decidí ir a tumbar tamarindo y observar el atardecer.

De repente, se me apareció un aguaitacaminos, se colocó en la vía tentadoramente para ser atrapado, con una alita estirada y mirada de inocente, como todo embaucador que finge ser atrapado. Me acordé de mi abuelo Jacobo que me dijo: “Negra, nunca intentes atrapar un aguaitacaminos”, y dije pa mis adentros: “Le voy a demostrar a mi abuelo que este pájaro sí se puede atrapar”, y con la mirada fija entre ese pajarraco y yo, intenté atraparlo, pero el aguaitacaminos se quedaba tranquilito y cuando ya creía haberlo atrapado, alzaba un vuelo corto y se volvía a echar en el suelo. Cada nuevo intento me hacía creer aún más que estaba cerca de atraparlo; enfocada en la captura del pajarito marrón con pinticas blancas, perdí la noción de la hora y de dónde estaba. Repentinamente, el aguaitacaminos se fue, y al alzar la mirada me encontraba perdida, había caído en la trampa de ese pajarito, y faltaba poco tiempo para anochecer.

Me acordé de mi papá Julio que siempre me decía: “Controla el miedo, que no te va dejar pensar bien”. Observé detenidamente alrededor y recordé que en el lugar donde estaba había una represa, y al caer la tarde, los pájaros volaban hacia allá.

Comenzaron a pasar pericos, garzas, me fui caminando en ese sentido hasta llegar a la represa; al conseguirla ya me había ubicado, porque en sentido contrario estaba el fundo de mis padres, me fui en línea recta tomando como referencia los árboles más grandes, y mi mayor alegría fue que al terminar el último rayito de luz del sol, vi la enorme mata de tamarindo que se

encontraba en el fundo Las Bonitas. Llegué a la casa y comprendí que era cierto lo que mi abuelo me había aconsejado.

En la vida hay muchos aguaitacaminos que te distraen de tus metas, a veces hay que mirar tu entorno y ver si perdiste tu camino. Son muchos consejos los que mi abuelo me dejó, cuando llovía siempre decía: “No se metan debajo de las matas”; uno piensa que el árbol va dar abrigo y no es así, las centellas en el llano siempre caen en los árboles y matan caballos y vacas. Antes de caer la centella, se ve el relámpago en el cielo, que ilumina como un destello, y en pocos instantes se escucha el estruendoso sonido.

Mi abuelo decía que cuando llueve y se anda en el monte, no se puede cargar nada de metal o hierro, porque eso atrae las centellas, también decía que había que evitar pasar por las cercas o corrales que tenían alambre y hierro; muchos llaneros fueron víctimas de las centellas, lo que dio origen al dicho popular: “Ese como que esta aporreo de centella”.

Mi abuelo Jacobo tenía una respuesta para todo, una vez le pregunté por qué la mula no puede parir y la perdiz no puede volar. Me respondió: “La mula nace de la unión de un burro con una yegua, ella no puede parir porque estando el Niño Jesús en el pesebre, le comió la paja donde estaba acostadito y la Virgen María la maldijo, dejándola estéril para siempre, igual a la perdiz, a quien también maldijo la Virgen María porque salió de repente volando del monte y la hizo caer de la mula con



el Niño Jesús, por lo que ella le quitó para siempre la virtud de volar.

Son respuestas que han pasado a cada generación de mi familia y, aunque suenen fantasiosas, se han mantenido con el tiempo. En realidad es cierto que la mula no pare y la perdiz no vuela, mi abuelito se lo atribuyó a esa parábola que tiene desde los tiempos de mi tatarabuelo don Pio Ochoa, el hombre más alto de Santa María de Ipire, la tierra del Ánima del Taguapire Francisca Duarte, comadrona que ayudó a muchas parturientas a dar a luz.

Mi abuelo también me enseñó a amansar y montar bestias. En una oportunidad me regalaron una pollina, una burra pequeña, le pregunté: “¿Abuelo, qué nombre le pongo?”. “Ponle Atila”. “¿Y quién fue Atila, abuelo?”, “Un caballo negro que donde pisaba no nacía la paja”; emocionada por esa referencia le coloqué ese nombre, pero eso fue la parte más fácil, porque tenía que amansar mi montura.

Mi abuelo me llevó hacia una lomita y me dijo: “Móntate en la pollina, aguántale tres corcoveadas y listo, está amansada”, respondí: “¡Tan fácil, abuelo!”. Sin dudarle me monté en pelo, es decir, sin silla y con un bozal de mecate, la burrita comenzó a corcovear, una, dos, tres, cuatro y cinco veces, hasta que me tiró al suelo.

Al levantarme, llena de tierra, le dije molesta a mi abuelo: “¡Eran tres corcoveadas, abuelo, no cinco!” y se puso a reír. Después de mucha constancia, caídas, raspones y la supervisión de mi abuelo, logré domar a ese animalito, además de la pollina tenía una yegua, La



Lambada, hermoso animal rucio mosqueado, como se les dice a los pelos de color blanco con puntos negros.

Hablar de Jacobo Ochoa es recordar a un hombre alto, blanco, ojos azules como el cielo, de vestimenta sencilla, sombrero de cuero marrón, camisa de rayas, pantalón de vestir y su amigo de mil caminos “el mandador”, con el cual reprendió a varios de sus nietos, cada tarde terminaba con todos acostados en su chinchorro, tejiéndonos crinejas y entonando canciones del llano, con sus lentas mecidas “¡Oooh! ¡Oooh! ¡Arrima, caimán boloña, que una mujer ya nadó!”, y lo más esperado por todos los nietos eran sus deliciosos rosquillos, que hacía con harina, queso, papelón, amasando todo muy bien y formando rosquitas para freírlas en manteca de

cochino, las ponía a escurrir y luego las guardaba en una bolsa de papel y una de plástico; los ingredientes los reunía con mucho sacrificio para hacer suficiente para todos sus nietos.

Aún recuerdo con melancolía esos tiempos cuando mi abuelo se desvivía por sus catorce nietos, pero su nieto preferido fue mi hermano Julio José, que fue su primer nieto y era su compañero de matanzas; en sus días de matar animales, mi abuelo mató un cochino, dándole un fuerte golpe con un palo entre las orejas y la frente, como es la costumbre; cuando lo estaban pelando en el mesón, con agua caliente y cuchillos en mano, el cochino se levantó y mi abuelo le dijo a mi hermano: “¡¡¡Agárralo, papito!!!”.

Una dolorosa noticia cubrió de tristeza a la familia Ochoa: mi abuelo fue diagnosticado con cáncer. Durante sus últimos días solo pedía morir en su campo Fundo El Aceite y decía que le quitaran de su alrededor a “unos niñitos”, algunas personas decían que era producto de su imaginación, otras que eran angelitos que lo venían a buscar.

Cuando mi abuelito trascendió junto a Dios, fue la pérdida más dolorosa que pudo vivir toda la familia, sobre todo para mis hermanos y para mí, que no fuimos a su velorio. Ese día me fui al potrero y, con lágrimas y viendo al cielo, pedí con mucha fe que mi abuelo no se fuera sin antes despedirse de mí, y en pocos segundos apareció frente a mí un lindo alcaraván volando alrededor, cruzamos las miradas durante pocos segundos y se alejó después hacia la infinita sabana. Sentí algo

inexplicable que me dio mucha paz y ahora pienso que, hasta el último día, la vida de mi abuelo estuvo envuelta por el misterio inhóspito del llano. Siempre decía: “No me olviden”. ¡Jamás te olvidaremos, abuelo!





## Don Manuel Montenegro Requena

Otro gran hombre del llano fue mi abuelo Manuel Antonio, lo recuerdo como un cazador de entierros de muertos del siglo xx. Para esos tiempos no existían los bancos y las personas enterraban sus monedas, morocotas, prendas en cajones de madera, tinajas de barro y envases de vidrio. Cuando estas personas morían, quedaba su alma en pena ya que habían dejado asuntos pendientes en la tierra y buscaban a un mortal que los sacara de pena desenterrando esas riquezas que en vida habían guardado. Mi abuelo era esa persona, él tenía el don de hablar con los muertos y les decía: “¡Hábleme, pero no me asuste!”, se decía que existían tres tipos de espíritus, entre ellos, solo con el primer tipo hablaba mi abuelo.

El primero que es el muerto, si viste de blanco, está en pena, y si viste colonial, tiene riquezas. El segundo son los espantos, hay que evitar verlos y no entrar en desespero para no morir de forma trágica, se dice en el campo que cuando se escuchan cerca, están lejos, y cuando se escuchan lejos, están cerca; entre ellos se pueden nombrar La Sayona, El Silbón, La Llorona, entre otros. El tercero son los demonios resultados de los ángeles que Dios desterró del cielo, son tan fuertes que solo se pueden enfrentar con mucha fe, como lo hizo Florentino.

En los campos se habla mucho de estos fenómenos, ya que en esos lugares se escuchan testimonios sobre sus apariciones. Mi abuelo también decía que no se podía contestar si llamaban por el nombre a una persona sin antes ver quién era, porque podía ser un muerto y se podía acercar al nombrado, y cuando un muerto va cumpliendo más años de su fallecimiento agarra más fuerza, hasta llegar a tocar cosas y tocar personas. Si una persona muere trágicamente, queda vagando hasta el día que le toca morir y se recomendaba hacerle misas, rezarle, colocarle velas, para ayudarla a elevarse. Estas almas en pena pueden ser de luz u oscuridad, esto se define según cómo se comportaron en vida.

Cuando mi abuelo Manuel iba a “sacar un entierro”, llegaba al sitio y le pedía al muerto que hablara con él, pero que no lo asustara. El muerto a cambio del entierro le pedía, misa, velas, rezos, indicaba el sitio exacto, entonces, comenzaba a cavar, salían cosas horribles, pero no podía distraer su atención hasta terminar. Al sacar el entierro, acostumbraba destapar el envase y dejarlo al aire libre para que salieran los gases, porque hacían daño.

De todos sus desentierros siempre contaba uno en el que se le apareció un perro negro con los ojos rojos y por el susto se apresuró a desenterrar más rápido. Sacó un envase lleno de medicitos y pullas, monedas que para esos tiempos ya no estaban en circulación, y se puso tibio de la rabia. El abuelo decía que en La Pascua había muchos entierros y el más valioso estaba por la calle El Martillo, perteneciente al general Arévalo Cedeño, un compadre intentó sacarlo pero se volvió loco, dicen que cuando estaba cavando encontró un crucifijo boca abajo, y los viejos afirman que no se puede voltear, pero él lo hizo, entró en estado de paranoia y murió a los días. Los vecinos aseveran que el compadre de mi abue-

lo, en compañía de otras almas que han querido sacar esa gran fortuna, salen en las noches, en compañía del general Arévalo Cedeño.

Mi abuelo, además de este entierro, contaba de las siete mulas cargadas de oro, que en el tiempo de la colonia pasaron por Valle de la Pascua, las mulas murieron durante el trayecto por el peso de la carga, por lo que los patriotas enterraron el oro destinado a garantizar la logística durante la guerra, el lugar ha sido revelado a cada integrante de la familia desde mi tatarabuelo hasta la actualidad, donde posiblemente están enterradas las siete mulas y las siete cargas, están marcados de manera natural y de forma muy discreta, en diferentes sitios.





Mi abuelo tenía un fundo, quedaba en La Vigía, vía Corozal, donde en tiempos de la gripe española pasaban a los muertos en hombros con un palo cruzado dentro de su mismo chinchorro con sus pertenencias y los enterraban para que la enfermedad no llegara a Valle de la Pascua. En esos terrenos, cuenta mi papá Julio, está el espíritu de mi bisabuelo llamado Juan Rafael. Cuando sembrábamos se escuchaban silbidos que pasaban de un lado a otro dentro del potrero y mi papá decía “ese es mi abuelo, no se asusten” y que no dijéramos groserías porque se ponía bravo.

Ese error lo cometió el primo Bartolo, quien durante la noche comenzó a decir groserías y, según él, todo se comenzó a caer y a mover dentro del rancho. Salió corriendo, gritando con pavor hasta llegar a la casa más cercana, pálido y asustado. Desde entonces, mi primo no dice groserías, al menos estando en los terrenos de Juan Rafael.

En Valle de la Pascua, en tiempos de mi abuelo Manuel, ocurrió el polémico caso de una persona que hizo un pacto con el innumerable. En el llano, el padre dispone de las almas de sus hijos y un hombre sediento de riquezas se las ofreció al maligno, ese hombre era don Atanasio. De la noche a la mañana se volvió muy rico y, misteriosamente, todo su ganado y sus animales eran negros, su actitud se volvió déspota y quien tuviera problemas con él se desaparecía sin dejar huellas.

La mayoría de sus hijos fueron muriendo trágicamente, de forma horrible, al igual que le ocurrió a él, que cuando llevaban su urna al cementerio, una fuerte brisa la levantó y la destrozó al caer al suelo, dejando ver su cadáver con una expresión diabólica. Después sus riquezas se desaparecieron junto con sus incontables animales de color negro.

La testigo de esta historia es una gran finca que se en-

cuentra camino a Santa María de Ipire, en la cual salen espíritus tenebrosos al caer la noche, como resultado de los sacrificios que hacían ahí. Nadie habita esa finca a esas horas y los conocedores de este pacto no dudan en persignarse cuando pasan, incluyendo a mi abuelo.

También se escuchaba mucho sobre las transformaciones en animales y las elevaciones, algo que rechinaba mucho en los oídos de mi abuelo: doña Coromoto Blanco manifestaba tener elevaciones cuando entraba en un sueño profundo, sentía cómo su alma abandonaba su cuerpo en reposo sobre la cama, experimentaba mucho frío, al salir de su cuarto observaba un mundo paralelo, escalofriante, con tenebrosas criaturas, que la miraban desde los rincones y detrás de las cosas, algunos no tenían ojos, eran de formas asimétricas, emitían olores nauseabundos, colores no definidos y opacos, eran como criaturas que habían tomado un lugar específico de la casa como su sitio de reposo.

Al cruzar la puerta, el frío fue mucho más intenso, igual que el pánico al ver en el patio de la casa espíritus deambulando de un lado a otro, algunos con maldad en la mirada, otros con una gran tristeza, como esperando algo. En el techo de la casa se veía una mujer sentada, con rasgos de gallo, observando todo.

Quisieron acercársele, pero inesperadamente se suspendió sobre todos, viendo entre los árboles y los caminos espíritus caminando, como si fuera un día normal con personas circulando, pero en este caso eran horas nocturnas. Llegó a la casa de su mamá y en la puerta estaba un espíritu que le dijo: “¡Yo no me voy de aquí! Tengo seis generaciones en este lugar”. Al pasar a la casa había criaturas fétidas en forma de gusanos, entró al cuarto de su mamá y detrás de la cama estaba un espíritu que le dijo: “¿Qué haces aquí?”,

¡no me iré, es el lugar destinado para mi reposo!”. Regresó a su casa y encontró varios espíritus riéndose alrededor de su cama, como queriendo invadir su materia, su cuerpo; ella rezó y se acostó nuevamente sobre su cuerpo, sintiendo una sacudida entre su alma y su parte física, despertó con el corazón acelerado intentando comprender lo que había experimentado.

Al escuchar estas historias de personas de buen corazón, mi abuelo explicaba que existe un juicio final escrito en la Biblia y que es triste, pero las personas que en vida no obedezcan a Dios están destinadas a sufrir ese destino eternamente, a buscar un lugar de reposo en esta tierra y se convierten en un tipo de criaturas que varía de acuerdo al nivel de maldad que hayan derramado sobre otras personas, a la espera del juicio para pasar a un plano peor: el fuego eterno. Existe un mundo carnal y uno espiritual y Coromoto solo observo ese mundo espiritual paralelo al de los vivos.

Mi abuelo fue un hombre bizarro, amante del campo, con los ojos de cogollo, su comida era café y queso con papelón, para sus largas jornadas de siembra y cuidado del ganado, algo que le causó una leucemia.

Unas palabras que quedaron grabadas en su hijo Julio fueron: “¡El mundo se domina con pequeñas oraciones!”, algunas oraciones se han perdido, según se pasaba a un descendiente antes de morir.

Una oración que se escucha mucho en el campo es la que se usa para espantar el gusano, que mi abuelo no se la dejó a ninguno de sus descendientes, pero había que rezarla en las cuatro esquinas del potrero y no se podía pasar allí en tres días, de forma inexplicable los gusanos se iban de la siembra.

## José Lorenzo Ron Ochoa

La esencia del hombre llanero va curtida sobre la piel de un santamarireño: José Lorenzo Ron. Amante de la cacería desde joven, contaba que en sus andanzas, a entradas del agua del mes de abril, iba por el monte cazando en su yegua, alumbrado con una linterna, esperando poder matar un venado. Aproximadamente a las doce de la noche, en los potreros del fundo la Leona, por un lugar que le decían Cujicito, se le vino a la mente que su papá le había dicho que tuviera mucho cuidado por esos lados porque salía un espanto. De un momento a otro escuchó un bramido y lo relacionó con un becerro. Cada vez se escuchaba más fuerte y cerca. Se dio cuenta de que no era un becerro, un cunaguaro ni un tigre; era un bramido “clamoreado”, como él mismo decía. De repente, el sonido se escuchó más fuerte, las hojas de los árboles chirriaron, se dijo a sí mismo “esto no es nada bueno”, se bajó de la bestia con escopeta en mano preparado para reaccionar, escuchaba los pasos de trocha de un caballo que le pasó rápidamente por el frente, pero no lo pudo ver. Pasó nuevamente con tanta fuerza que la yegua cayó hincada de rodillas. Al no poder ver lo que

lo embestía, levantó a la yegua, la montó y comenzó a escuchar detenidamente los pasos. Le encimó la yegua y comenzó a perseguirlo, orientado solo por el trochar de ese desconocido animal misterioso que no pudo ver en ningún momento, hasta que desistió. Al llegar al fundo Potrerito relató lo ocurrido, Víctor Genaro Tablante dijo que: “Ese fue el Chivato, un espanto que le sale a los cazadores en la sabana durante el mes de abril, mañana voy a saber que es el Chivato”. Y Aristire González le respondió: “Mira, negro Vito, con eso no se juega, deja quieto a ese espanto, que brame todo lo que quiera, no se meta con eso, Vito”.

La noche siguiente, Víctor Genaro se fue a un lugar llamado Merecure, por el camino de La Esperanza, donde los campesinos decían que pasaba El Chivato en el mes de abril. Se acostó en el camino y en el peso de medianoche escuchó un bramido, su perro Carbón se paró queriendo ir hasta donde venía el sonido, pero Víctor le dijo “¡Tatequieto, Carbón!”. Bajo las sombras de los árboles y a la luz de una tenue luna, se acercaba un animal con fuertes pasos. Carbón lo quiso embestir y Víctor lo sujetó fuertemente. Observó a una criatura de forma desproporcionada, parecida a un chivo con pocos días de nacido, con la particularidad de que tenía las rodillas gruesas, patas grandes, ojos rojos y color negro resplandeciente; Víctor Genaro, que era un hombre sin una gota de miedo, lo agarró y se fue al rancho de Aristire González y le gritó desde la puerta: “¡Párate para que conozcas al Chivato!”. Y Aristire respondió: “Déjate de esas cosas, que con eso no se juega, negro

Vito”; Arístides se levantó y lo vio sorprendido, pensando que realmente era el Chivato por su aspecto horripilante, y lo más inquietante era que en esa zona no había chivos en ninguna parte. Agarraron un canasto grande de recoger maíz, tejido en cruz con palma bendita, ya que esa criatura era el propio innombrable y el canasto era una protección; metieron a la bestia debajo de la cesta y sobre ella dos piedras de moler que pesaban más de cuarenta kilos cada una.

Con el cantar de los gallos se pararon. El cesto y la piedra estaban intactos, tal cual como los habían dejado, pero al revisar, no estaba el Chivato, nada de rastros de él, solo un fuerte olor a mastranto. Se dice que estos espantos salen a las doce de la noche y con el canto del gallo en la mañana se desvanecen.

En sus travesías en el llano, José Lorenzo se encontró con muchas situaciones sorprendentes, entre ellas una que ocurrió en los potreros de San Simón, en el cementerio viejo y abandonado de Barbasquito.

Estaba cazando y sabaneando unas bestias con mi abuelo Jacobo, su papá y algunos amigos. Mientras cabalgaban, José Lorenzo dijo: “¡Por aquí dicen que sale un espanto con forma de un gran moño negro!” Y se escucharon las risas de los acompañantes. Al salir de una montaña donde estaban buscando venado, se encontraron con el cementerio de frente y José Lorenzo dijo: “¡Mira donde está el cementerio!”. De repente se escuchó la voz temerosa de Neri Tiaro “¡Miren donde está el espanto montado en la mata de barbasco, María purísima!”.

Los caballos se pusieron inquietos, los hombres se bajaron de las monturas observando en las penumbras de la noche un gran mono negro con los ojos rojos, el cual se lanzó de la mata y cayó sobre el pilar de tierra de un campesino que había muerto pocos meses atrás; la criatura hizo un sonido que los aturdió a todos, los caballos se desbarajustaron, con la suerte de que cada uno tenía fuertemente agarradas las riendas de su montura y con la misma impresión se montaron y se perdieron en la polvareda de los potreros de San Simón

Aunque mi tío se la pasaba cazando en el monte, también estaba pendiente de las labores del campo y, como todo llanero, era delicado con algunas cosas que para él eran sagradas y no se prestaban, como el sombrero, que además decía que era malo colocarlo sobre la cama, el mandador que era símbolo de dominio de las bestias, la silla y el caballo, todas esas son cosas que solo debe usar el dueño, no se pueden prestar para nada, decía: “¡Quien presta su montura, presta la novia!”. Eran cosas que se atesoraban y había que ser receloso con eso. Al cazar, se mantenía como ley del cazador no matar hembras, era pecado y castigado por la sabana, por más grande que fuera, no se podía matar, porque podía estar criando o preñada y la naturaleza pide que la especie no se extinga, no tenemos derecho de pasar sobre otra especie, solo comer lo necesario, pero jamás matar a la hembra.

Mi tío, si salía al monte y no había cazado nada y en verdad necesitaba la comida, tenía como costumbre, si veía una venada con las crías grandes, “con las pintas

blancas casi borradas”, matar una de las crías macho, que por el tamaño no era mucho, pero era relativamente suficiente para que su familia comiera; la hembra era intocable.

Este indómito hombre, después de largos años como cazador, “colgó la báculo”, expresión que se usa en el llano para decir que el cazador ya está viejo; debido a su sordera moderada no podía ya salir al monte, dado que el oído es imprescindible para todo cazador. Pero en su memoria hay muchas historias, que solo un llanero podría vivir en las noches sin luna de las extensas sabanas de Santa María de Ipire, que encierran los más tenebrosos espantos, herencia de todo llanero y su acervo cultural







## Una familia llanera

En la inmensidad de los llanos de Santa María de Ipire nació un gran amor entre dos seres que estaban destinados a ser felices, Santos Belisario e Inés Luque, los cuales al casarse fueron poco a poco construyendo un hogar, con su fogón de leña, un pilón, máquina de moler para hacer la harina de maíz y montar las más deliciosas arepas sobre el infaltable budare, de la mano de Inés que era una mujer muy laboriosa. El escenario de esta linda historia ocurrió en el fundo La Leona, el cual encerraba muchos misterios, entre los más nombrados el Chivato, espanto protector de la sabana.

Para complementar la estructura del fundo que sería su hogar por años, Santos comenzó a buscar implementos para ampliar su casa de barro; antes no había bloques, cemento, ni cabillas, pero el llanero tenía un ingenio maravilloso y hacía su hogar con materiales que la sabana, por medio de la mano de Dios, le ofrecía. Los materiales eran cuatro palos fuertes que serían las columnas, cinco que serían complemento de la estructura, el armazón del techo eran dos aleros en forma de triángulos, uno al frente y uno detrás, un caballete que sería

la unión del techo y evitaba que se filtrara el agua para que, al contrario, escurriera a los lados para que los llaneros agarraran agua de lluvia en tinajas de barro; todo el armazón de la casa era de madera, la más utilizada era la del árbol de cedro, por la durabilidad de la estructura, y toda la madera tenía que ser religiosamente cortada durante la luna menguante, que garantizaba que la madera no se pudriera ni le cayera mojo o polilla, después se le quitaba la corteza y se bañaba con kerosene.

Seleccionar, cortar y preparar la madera era un trabajo laborioso para el llanero, pero más aún lo era conseguir el barro ideal para las paredes de la casa; Santos, después de preparar la madera, duró varios días con su hermano buscando el barro, tenía que ser una creta roja, la cual consiguió al fondo del patio, donde se abrió un hoyo grande y echó paja seca y agua para unirlos con el barro.

Al tener la madera y el barro se hizo una cayapa. La familia de Santos y los vecinos amigos se dividieron el trabajo. Algunos se encargaron de pisar dentro del hoyo el barro una y otra vez hasta hacer una mezcla compacta para sacar pelotas de aproximadamente tres kilos que luego apilaban; otros tenían la paciente tarea de colocar varitas de guaguá o vara blanca en toda la casa, de manera horizontal, en la parte interior y exterior, abrazadas y amarradas a las columnas con bejuquillo, así quedaba un vacío de extremo a extremo de las columnas. Cuando se amarraban todas las varitas, se comenzaba a “encajonar la casa”.

Lo más emocionante para Santos e Inés fue “encajonar la casa”, lo que realizó el más experimentado, en este caso don Ignacio, gran amigo de la familia. Al colocar las varitas quedaba un especie de cajón, el cual don Ignacio comenzó a rellenar con barro, con la ayuda de todos. Al terminar de rellenar toda la casa, colocaron ventanas incrustando la madera en el barro, luego, se realizaba el último paso, embarrar la casa, era lo que se le dice hoy en día frisar, pero con barro.

Finalmente con el esfuerzo de todos, se amplió el fundo La Leona con otra casa de barro, cerrando esta gran jornada con una rica sopa de gallina en leña, cocinada por Inés.

En poco tiempo la familia fue creciendo, fueron bendecidos con diez hijos, anteriormente las familias eran numerosas; no existían camas y era difícil comprar nailon para tejer chinchorros y estos se hacían de cuero llamados campechanas, y Santos, para sus hijos, de la cacería curaba el cuero del animal y lo usaba para dormir. Cada uno tenía su cuero y al levantarse lo guardaban enrolladito en un lugar alto, protegiéndolo de cualquier animal, como ciempiés y el furioso alacrán.

De los partos de Inés, el tercero fue el que ameritó la ayuda de un gran hombre, Salomón Belisario. Aunque ya Santos tenía la comadrona contratada para el parto de su esposa y ella un mes antes fue ver a Inés para, como decían antes, acomodarle la barriga y sentir la posición del bebé, contar la fecha aproximada del parto y decir todos los bebedizos que debía ingerir la parturienta, inesperadamente el parto se adelantó.

El llamado para salvarle la vida a su cuñada y su sobrino fue Salomón, un hombre muy ligero y rápido, que no dudó un instante en salir a buscar a la comadrona Antonia, desafiando noche, lluvia y su más grande obstáculo, el temido río Suata; se adentró en las entrañas de la oscura sabana comenzando su travesía, tenía muy en claro su compromiso ante Dios y su hermano Santos. Al llegar a la orilla del río, cuyas aguas estaban inquietas por el fuerte invierno que estaba cayendo, con mucha fe, tocó con su mano derecha el agua del río y se persignó pidiéndole permiso para cruzarlo; de manera sorprendente, sintió cómo las aguas lo llevaron hasta la otra orilla, al llegar a tierra su ímpetu no desmayó, llegó hasta el rancho de doña Antonia, que se sorprendió al verlo, pero ella solo buscó sus implementos rápidamente.

Bajo el abrigo de la noche y el goteo del agua en las hojas de los árboles, salieron rumbo a La Leona, al llegar al río, después de persignarse y pedir permiso, comenzaron a cruzar. Salomón ayudó a doña Antonia, quien así fuese a costa de su vida, no podía faltar a su compromiso sagrado de asistir en el parto a una mujer, este es un pacto que la comadrona debe cumplir como sea.

Al llegar al fundo, fatigados por la travesía, encontraron a Inés acostada en su catre, una cama hecha de palo y cuero de ganado donde comúnmente parían las mujeres; la comadrona, para calmar los nervios, se tomó un trago de ron y encomendó el parto a Dios y a las ánimas, comenzó su labor a la luz de las velas, desenrolló

una telita muy blanca y pulcra donde tenía un cuchillito previamente desinfectado con aceite de palo caliente y fuego.

Después de largas horas y seguir todas las recomendaciones de su comadrona, Inés logró dar a luz un lindo varón, al cual doña Antonia, certera y limpiamente le cortó el cordón, que se debía conservar en un envase de vidrio con aguardiente y aceite tacamahaca, para después ser enterrado donde nació el niño. La comadrona e Inés continuaron limpiando y revisando al niño, siendo algo casi inmediato ver si tenía caruto, nombre que le daban a una mancha oscura que al nacer algunos niños tenían en la parte inferior de la espalda, indicador en ese tiempo de que el niño iba a ser negro. Revisaron el calendario de los Hermanos Rojas, como era costumbre, para saber el nombre del niño, que iba a depender del santo que se celebraba ese día, y era día de San Ramón, patrono de las embarazadas y parturientas, entonces, Inés llamo a su hijo Ramón.

La comadrona le preparó a Inés una bebida llamada “los meaos”, relacionada actualmente con la celebración del nacimiento de un bebé, pero, realmente, era una bebida que se le hacía a la recién parida para su recuperación; doña Antonia le colocaba ron blanco, agua miel y algunas plantas, y a las personas que iban a conocer al niño se les daba un poquito.

Doña Antonia duró siete días con Inés, tiempo durante el cual el bebé soltaría el ombligo y habría pasado el mozosuelo o tétano; en cambio, Inés tenía que pasar cuarenta días sin salir de su cuarto con el bebé y

se le debían pasar todas las cosas desde la puerta, solo interrumpiendo esa cuarentena el bautizo de agua del niño, que debía ser el séptimo día de nacido. Esto era sumamente importante, porque el innombrable se lo podía llevar y los padrinos eran los únicos con el poder de salvarlo y protegerlo de cualquier espíritu iracundo.

Ramón fue bautizado y siempre se le inculcó que su segundo padre era su tío Salomón, el cual el día de su nacimiento, de la mano de Dios, pudo ayudar a su mamá; con respecto a la comadrona, era costumbre que todo niño al que ella ayudara a traer a este mundo tenía que besarle la mano y decirle mamá como muestra de respeto y consideración. Mi imaginación es poca para los muchos hijos que seguramente tuvo doña Antonia.

Pronto el niño Ramón con sus hermanos sería una alegría más en ese inmenso fundo. Al cumplir dos meses de nacido ya su papá Santos le tenía apartada una vaca para que Inés le preparara atol de maíz cariaco, en un tetero hecho en el campo con una taparita chiquita y larga, previamente curada y bien limpia; se le colocaba una goma de balata que sería la tetina, habían negras y rojas, este era el tetero del llanero.

Inés y Santos trataban en lo posible de darle una buena alimentación a sus hijos, algo que iba de la mano con las exigencias de la faena diaria del llano; las niñas con Inés aprendiendo las labores del hogar y los niños con Santos aprendiendo las labores del llano, esta formación era con un solo fin, criar buenas madres, esposas y hombres proveedores y defensores de su hogar, no le

inculcaban que tenían que tener riquezas, abundancia o vanidades, solo valores y ser temerosos de Dios.

Una manera de don Santos consentir a sus diez hijos era criar un cochino con maíz únicamente, lo más sano posible, al engordar lo sacrificaba para sacarle la manteca y guardarla en una latica si era posible, porque antes conseguir una botella o lata era difícil, esa preciada manteca blanca, eran la mantequilla y el aceite de antes. Cuando llegó el tiempo de las cachapas en agosto, para el día de Las Marías, don Santos abrió la lata, para que su numerosa familia comiera algo muy rico: cachapa con manteca, y también podían freír buñuelos de yuca con miel que doña Inés preparaba con mucho amor. Era tan linda la crianza de antes, la única preocupación era la comida y el mismo campo te la ofrecía.

Santos sembraba con sus hijos todo lo que podían en invierno para guardar granos para comer y semillas para las próximas entradas de agua; sembrar en invierno y guardar semillas eran lo único que le garantizaba la comida a su familia, porque la comida escaseaba en los meses de junio y julio, y para entonces debían tener comida de reserva en la troja, que era un especie de depósito que se hacía como segundo nivel del techo de las casas, en alto para evitar que los animales se la comieran o la dañara la humedad.

Al crecer, cada uno de sus hijos fueron formando su propio hogar y algunos se fueron a la ciudad a estudiar, algo que impulsó a Inés y Santos a abandonar el fundo La Leona y se mudaron a Valle de la Pascua, al fundo



Caño de Agua, donde sus hijos fueron progresando poco a poco.

De sus hijos surgió una gran mujer que resplandecía como el sol en el mes de marzo, Ana Belisario, que abarcó a toda la familia con el fin de ayudarlos, conjuntamente con su esposo, siempre mantuvo la unión y un arraigo de bondad inculcado por sus padres.

Después de algunos años de llegar a Valle de la Pascua, muere don Santos; dolorosa y traumática partida para doña Inés, que aun sabiendo que su esposo había muerto, le continuaba sirviendo la comida en la mesa y se sentaba a esperarlo, rompiendo en llanto al no verlo llegar; esta situación la fue superando y a los 79 años, Inés, la eterna compañera, partió junto a su único amor. Ana también partió, y ahora, al llegar al fundo Caño de Agua, se desata un torbellino de lindos recuerdos, parecidos a un vendaval; sutil y agradable sentimiento, que cada quien atesora en su corazón con un bramar de añoranzas.

La familia llanera siempre tendrá, arraigado en su corazón, el amor a la naturaleza, los valores, las costumbres y sobre todo una inmensa bondad y sencillez en el trato.





## Creencias y costumbres de la familia

Las creencias son respetadas por algunos y cuestionadas por otros, pero solo les puedo decir que existe lo sobrenatural y, en este caso, el estrecho vínculo que mantiene el llanero con los animales y la naturaleza es la sublime conexión con Dios, donde el llanero mantiene su mundo lleno de misticismo.

Uno de los tantos misticismos que puedo contar es el de mi abuelo Jacobo. Él contaba sobre el misterio que se encierra entre las doce de la noche y las seis de la mañana, horas que son precedidas en el campo por el canto del gallo; según mi abuelo, este representativo animal que se encuentra en los fundos tiene una gran misión “abrir con su canto las puertas del mundo de los muertos a los doce de la noche y a las seis de la mañana cerrarlas con su canto”, es por eso que mi abuelo decía que el día se hizo para trabajar y la noche para descansar, si quedó trabajo pendiente durante el día se hará en el siguiente. Desde entonces, en los caminos o las carreteras del llano las respeto.

Una noche iba con mi esposo Miguel García en la vía sola y oscura de Calabozo hacia Valle de la Pascua,

cuando estábamos cerca de la recta del Brujo, lugar que debe su nombre a que allí vive un señor que práctica la brujería, su casa está en la orilla de la carretera con objetos brillantes, incandescentes y espejos, con el fin de que los conductores se distraigan o se encandilen; muchos accidentes horribles en esa recta se los atribuyen a ese señor que, según afirman, ofrece las almas de los viajeros.

Al estar próximos a la recta del Brujo, me percaté que el tablero de carro marcaba las once y cincuenta y cinco de la noche, le pedí a mi esposo que se persignara, algo que hizo extrañado, le dije de manera tranquila que ya iban a ser las doce y estábamos llegando a la recta, que si veía algo extraño en la carretera no se asustara, que siguiera tranquilo, bajó un poco la velocidad y en pocos minutos apareció un perro al que no se le veía la cabeza y corría hacia el carro, mi esposo sorprendido y de manera regia no lo esquivó y solo siguió como venía, no emitimos una sola palabra hasta llegar a casa de mis padres, donde dijimos casi de manera simultánea: “¿Viste lo que yo vi?!”. Esto me recordó a mi abuelo y el misterio de las doce de la noche.

Muchas fueron las creencias de mi abuelo, siempre conservó la costumbre de cruzar las cholas, sobre todo si se va a dormir en otro lugar, para no ser perturbado por nada durante la noche y poder descansar, cuando se iba a colgar un chichorro no se podía hacer entre dos personas, era malo, al igual que comer chigüire en chinchorro, porque dañaba el chinchorro.

Unos animalitos que siempre se escuchaban en el campo y a los que mi mamá por su crianza hacía referencia eran la pavita y la cascabel. Según la gente del llano, el canto de la pavita representa muerte, es un ave que canta de manera suave: ¡Cucujuu cucujuu cucujuu! Tomando cualquier mañana o atardecer para cantar, mi mamá al escucharla siempre decía: “Algo malo va pasar o alguien va a morir”. El nombre de esta ave deriva de pava, palabra que es relacionada con mala suerte.

Igualmente, mi mamá siempre estaba atenta al sonido de la cascabel y decía: “¡Cuidado que está latiendo una cascabel cerca!”, el sonido que se escucha desde el monte es muy parecido al ladrido de un perro, pero mi mamá lo sabía distinguir muy bien y nos alejábamos de ese sitio para evitar molestarla. Los animales del monte no te van a atacar si respetas su espacio.

Uno de los animalitos que me gustaba escuchar desde las colinas de los potreros era el sapo jornalero. Este sapo vive en potreros y en las inmensas sabanas, la primera vez que lo escuché fue una tarde soleada, y pensé que era una persona arreando el ganado en el fundo de mi hermano Jacobo, pero no veía a nadie en el potrero, ni las vacas, solo escuchaba: “¡Zooo! ¡zooo!”, inmediatamente corrí a la casa y le dije a mi mamá, la cual se fue conmigo hasta la cerca donde se veía todo el fundo y escuchamos: “¡Zooo! ¡zooo!”, mi mamá sonrió y me dijo: “Ese es un sapo, el sapo jornalero”. Es un lindo pasatiempo escuchar a los animales del campo; el aguaitacamino, la pavita, el sapo jornalero, el turpial, el tordito, la guacharaca, la codorniz y el animalito que

llama al agua en invierno y muere reventado de tanto cantar: la chicharra.

Estos animalitos se observaban mucho durante el mes de agosto, que era el tiempo de cosechar maíz y comer cachapa el día de Las Marías. Para la siembra jugaba un papel muy importante la luna, todo se sembraba con la luna menguante, esto daría una cosecha abundante. Mi abuelo Jacobo tenía muy presentes las estaciones de la luna, tanto así que en luna llena, nos mandaba a andar descalzos en la tierra, ya que según él, la luna nos llenaría de energía, y así hacía también para cortar madera, para cortarse el cabello y jugar gallos, los cuales se jugaban con la luna según el color de su pluma; una pluma que siempre recuerdo es la del gallo canagüey, que es un gallo blanco y se jugaba con luna llena.

Se ha demostrado cómo la luna influye en el mar y en otras cosas, pero las personas del campo, de manera empírica, ya tienen esas creencias arraigadas desde pequeños, como es el caso de mis abuelos.

Una de las costumbres que se ha mantenido en mi familia para que la siembra y la cosecha en el campo sean buenas, es el bailorio de Cruz de Mayo.

Si no crees que existe la Cruz de Mayo, te invito a ver el cielo en el campo con el cielo despejado. Esa formación en cruz de cuatro estrellas es llamada por los llaneros Cruz de Mayo y se le hacen bailorios en ese mes para que llueva.

Mi mamá Hirca todos los años le hace bailorio a la cruz; en la casa hay una grande de madera, que se saca en mayo para la celebración; me ha tocado vestirla con

papel crepé de colores junto a mi hija Juliana de Jesús, al igual que mis hermanos.

En el bailorio se coloca la cruz vestida en una mesa o en alto y se llevan cuatristas para cantarle, todo el que quiera puede ir o acercarse, se reparte carato, jugo de papelón, dulces y guarapita.





Uno de los juegos que se hacen durante el bailorio es colocar en el altar de la cruz dos sombreros, en uno colocan una prenda las mujeres y en el otro los hombres; una persona saca una prenda del sombrero de las mujer y otra prenda del sombrero de los hombres, dicen: “¡Pasen los dueños de estas prendas para acá!”. Al pasar la mujer y el hombre frente a la cruz tienen que decir una bamba, pero en rima, dependiendo de lo que uno le quiera decir al otro, si el hombre gusta de la mujer le puede decir: “¡Del cielo cayó un pañuelo pintado de mil colores y en cada punta decía Josefina de mis amores!”. A esta bamba la mujer responde, según su interés. Por ejemplo: “¡Desde aquí te estoy viendo, cara cara y frente a frente, te pareces a un perro tomando caldo caliente!”. Cuando las bambas son respuestas bonitas y de amor, el que saca las prendas grita: “¡Están casados!”, y los manda a dar una vuelta; si las bambas no riman, se le pone una penitencia.

Misteriosamente, durante el bailorio o al finalizar, la mayoría de las veces, cae un aguacero, y llegan así las primeras entradas de agua y particularmente mucha alegría para las personas que organizaron el bailorio, porque llover es símbolo de que valió la pena la celebración y esa familia cuenta con la gracia de Dios.

Cuando llovía mucho, los viejitos acostumbraban a sonar dos machetes en alto, cruzándolos, diciendo: “¡Vete, agua! ¡Vete, agua!”, la gente sabía que estaba corriendo el agua. De niña, al ver eso, me reía mucho.

Además de estas costumbres, se hacían los bautizos de agua. Mi mamá dice que el padrino es el segundo

padre del ahijado y es el único que puede salvar al ahijado de cualquier espíritu malo, que es un poder que Dios le da.

La ceremonia del bautizo de agua se debe hacer antes de las seis de la tarde entre semana, los padrinos de agua entran con el padrino de platillo que debe ser un niño o una niña inocente que debe sostener un platico con una vela blanca durante la ceremonia, entran a una habitación con el niño o niña que se va a bautizar, rezan un Padre Nuestro, un Ave María y un Credo, y con un poco de agua bendita le hacen la figura de una cruz en la frente pronunciando su nombre completo.

Algo que se ha mantenido en el campo es colocarle a los bebés protecciones, azabaches, pepas de zamuro, cruces de Caravaca, coronitas de la auyama, peonía y huesitos de pescado; cada cosita cumple la noble misión de proteger.

El azabache es una piedra negra que protege del mal de ojo y las energías negativas. Esta piedra absorbe todo, hasta que llega un momento en que se parte y alerta a la persona de que algo malo atrapó la piedra, igual que la pepa de zamuro.

Una de protecciones más usadas en las casas del llano es la Cruz de Caravaca, llamada la Cruz de Cruces; es colocada dentro de la casa, en la parte de arriba del marco de la puerta, con el fin de alejar a todo espíritu o energía mala; se adorna esta cruz de igual protección, una mata de sábila pequeña hacia abajo y amarrada con una cinta roja. Dicen que la mata de sábila se coloca en la entrada de la casa para ser receptora de lo malo y,

según su aspecto, se puede determinar si alguna visita es de energía pesada o si la casa recibió malas energías, hay casos donde se seca o se marchita.

La coronita de auyama es la parte del tallo que está unido a la auyama en la parte superior, se le coloca a los niños con una cintica roja en la muñeca para que no tenga malestar cuando le estén saliendo los dientes, es usada mucho por mi familia y en los estados llaneros.

La Semana Mayor o Semana Santa encierra muchas costumbres. En los campos se realizaban deliciosos dulces, como el de lechosa, cerecita, arroz con coco, buñuelos de yuca con miel, pisillo de baba, cuajo de morrocoy pescado, entre otros platos propios de la zona, y en todos los hatos a la visita se le servían estos ricos manjares.

Para esta semana todas las familias llaneras preparaban deliciosas comidas; antes de iniciar la cuaresma, era muy importante salir a cazar y pescar todo lo que se pudiera, para salar la carne y guardarla, porque no se podía pescar ni cazar ya que el innombrable estaba suelto. Igualmente, se tenía que picar toda la leña para esos días, porque se decía que al cortar la leña durante los días santos, le estaba golpeando las costillas a Jesucristo; no se podían ordeñar las vacas porque salía sangre en vez de leche. Por increíble que se vea, estas costumbres se cumplían a cabalidad, se respetaban mucho los días santos, porque el innombrable estaba suelto por la muerte de Jesucristo y había que permanecer en casa.

Se realizaban muchos juegos, volar papagayos, cometas, trompo, gurrufío y el más esperado por todos, la zaranda.

Durante la Semana Santa ya los muchachos tenían que tener sus trompos y las muchachas sus zarandas, las cuales agarraban de la mata de camaza, una camaza redonda, era decisión de cada quien el tamaño, le sacaban las semillas, le colocaban un palito con punta en un extremo parecido al trompo, donde le iban a colocar la cabuya para bailarla, y cada mujer la pintaba a su gusto. Entre todas las zarandas se colocaba una especial, de un color y tamaño diferente, atracción para los hombres porque era la zaranda ganadora.

Toda la comunidad llanera se reunía en el fundo más grande y durante el mediodía comenzaban a llegar las mujeres con sus zarandas coloridas y hermosas; los hombres con sus trompos con su punta fuerte para un gran juego y “quebrar zarandas”. Al estar todos, las muchachas tiraban a bailar sus zarandas y los muchachos emocionados comenzaban a quebrarlas, algunas con caramelos o dinero adentro, como regalo al que la quebraba, el objetivo era la zaranda premiada. Cuando quebraban la zaranda premiada se decía en voz alta “quebró la olla”, el ganador más que un premio tenía una responsabilidad, pero para ese tiempo era un honor; tenía que hacer una fiesta para cerrar la cuaresma con cuatro, mandolina, arpa y maracas. Así los llaneros despedían la Semana Mayor.



## Consejo a Juliana

La base de todo es el respeto, la comunicación y siempre tener presente a Dios. La sociedad cada día se está deteriorando a nivel global, se van agudizando las ansias de poder y dominio, sin duda alguna las generaciones venideras se van a enfrentar a un futuro muy fuerte y doloroso. Es necesario prepararse a todo nivel, de abajo hacia arriba, desde saber colocar un botón hasta saber manejar un helicóptero; comerse el mundo en conocimiento para ser un combatiente de los futuros enfrentamientos que se van a suscitar a nivel mundial. Hija, saber es poder, pero con humildad, mantén tu personalidad e identidad patria.

En lo más sencillo de tu pueblo comprenderás muchas cosas, la amistad, bondad, lealtad, honestidad, a Dios; desde lo más complejo del mundo comprenderás la avaricia, la maldad, el egoísmo, la indolencia, al inabarcable. Es necesario que transites este camino de forma inteligente; si comienzas desde abajo, no te dolerá caer y conocerás a la sociedad en sus diferentes niveles, eso te dará sabiduría. Prepararse mentalmente, ser fuerte para lo que se avecina, la mente domina el cuerpo, todo

parte de tu mente, hasta los peores temores que solo ella puede controlar.

Las palabras autosustentable y rentable giran en torno al éxito; es necesario volver al campo, que cada casa, municipio, estado, tenga su alimento a la mano, sus pozos de agua profunda cubriendo las dos necesidades más importantes del hombre: alimento y agua, teniendo conciencia de cómo administrar los recursos. Hija, nunca te desligues del campo, ten siempre un sitio que te brinde esas dos cosas y sobre todo un lugar donde alejarte un poco de la sociedad para pensar mejor.

El hombre nunca debe romper el vínculo con la naturaleza ni con sus raíces. Nuestra tierra es muy asediada por sus grandes riquezas, y las generaciones venideras son las llamadas a su defensa.

Nunca pienses cómo puedes ganar, sino cómo te pueden ganar; como mujer no te creas o te hagan creer que eres inferior, la mujer es el ser más maravilloso del mundo y más aún si es venezolana, inteligente, bella, con coraje y amor, no nos quedamos esperando que los hombres luchen por nosotras, luchamos junto a ellos. Antes de formar una familia, conoce el mundo, conoce las personas que puedas, siempre enfócate en los ancianos, los cuales son un cúmulo de conocimientos vivientes. Siempre ten presente la razón sobre los sentimientos, te dará las respuestas correctas, quizás no al momento, pero sí al tiempo; serás justa.

La palabra equilibrio es muy importante, todo tiene su nivel de importancia, tiempo, dedicación, pero hasta cierto punto. La familia es lo más importante, pero más

allá lo es la patria: sin patria no hay nada. Luchamos hace años contra el imperio español y ahora la historia se repite contra otro imperio, es necesario querer esta tierra para no doblar la rodilla ante el Goloso del Norte, ni otro opresor que se levante contra nosotros.

Mis consejos van más allá de la cotidianidad, porque el mundo está en constante cambio y los pronósticos no son muy favorables, cada día la maldad reina y el poderoso oprime al débil. Es necesario seguir con el idealismo de amor al pueblo, ninguna suma de dinero, por más alta que sea, puede ser más importante que una vida.

Espero tener tiempo para enseñarte tantas cosas, hija, quisiera que dominaras de todo un poco, no enfocada únicamente en la tecnología, sino también en lo rudimentario, para que estés preparada ante cualquier situación y seas amante de nuestra linda historia, conociendo el pasado comprenderás el presente. Hoy estamos enfrentando un bloqueo económico y un enemigo invisible, el covid-19, no es difícil imaginar que seguirán las dificultades.

Para sobrevivir hay que evolucionar o adaptarse a los cambios, no sabes qué escribió Dios en tu libro de la vida, pero hazlo lo mejor que puedas, si el mundo cambia de la noche a la mañana, adáptate y busca el lado positivo. Nunca te quejes, la voluntad de Dios es sabia para con sus hijos. Actualmente, el mundo se ha convertido en quejas, y para la persona positiva es una oportunidad de transformar, innovar, despertar su ingenio. Salir adelante ante una dificultad es mover masas



con hechos y con el ejemplo, siendo una prueba genuina de motivación.

Conociendo vivencias de otras personas verás que no todas han tenido la misma suerte, algunas nacieron con mucho y otros sin nada, algunos mueren al nacer, nacen con una limitación; aprende de cada persona y aprovecha lo que Dios y la vida te vayan brindando y sobre todo defiende y protege al inocente.

Uno de mis mayores consejos, hija mía, lee el libro más sabio y poderoso del mundo: la Biblia, este libro te ayudará a aumentar grandemente tu sabiduría, además, te hará tener un vínculo con Dios como protector, sanador y salvador, único regocijo ante las dificultades que puedas tener.



## ÍNDICE

PRÓLOGO / 7

Don Jacobo Ochoa / 11

Don Manuel Montenegro Requena / 29

José Lorenzo Ron Ochoa / 35

Una familia llanera / 41

Creencias y costumbres de la familia / 51

Consejo a Juliana / 61



*Lo que escuché*

*Digital*

Fundación Editorial El perro y la rana  
Caracas-República Bolivariana de Venezuela





## ***Lo que escuché***

Los relatos aquí reunidos surgen de la tradición oral. El mito se hace presente y señala la frontera entre la realidad e imaginación para desdibujar en algunos casos y, en otros, para resaltar la idiosincrasia del llanero: su fuerza, coraje y bravura ante los constantes desafíos de la modernidad. El conjunto de estos relatos da forma a su propia cultura y, por ello, a su propia visión y percepción del mundo que se ramifica en situaciones fantásticas ante una cotidianidad “mágica” y al mismo tiempo sorprendente. La autora toma de las raíces de la oralidad familiar aquellos elementos que dan valor y belleza a la memoria; señala a través del recuerdo, una infancia prodigiosa y al mismo tiempo lo trasmite a las nuevas generaciones. El mito vuelve a cumplirse en Brumelys Montenegro, su relato ha traspasado lo familiar, su carga emotiva ahora llega a un colectivo mucho más amplio, tan grande como la sabana donde se originaron estos cuentos.

### **Brumelys Montenegro Ochoa (Valle de la Pascua, Guárico, 1985)**

Licenciada en enfermería, docente, militar y especialista en Sanidad Militar. Ha participado en las fiestas de los toros coleados representando al municipio Infante (Guárico); también ha concursado en exposiciones de artes plásticas a beneficio de fundaciones sin fines de lucro. Ha sido una de las primeras de su promoción por su desempeño y dedicación.

### **Carla Ricciardelli (Caracas, 1992)**

Licenciada en artes plásticas (UNEARTE), en la actualidad se desempeña como ilustradora digital y tradicional, algunos de sus otros trabajos son: *Granizo*, *Rocinante comió muchas ciruelas en el parque*, *el credo de Aquilez Nazoa*, entre otros títulos.